



ECO Y NARCISO

MARIA DEL CARMEN BOHÓRQUEZ ROSADO



Eco era una ninfa del bosque famosa por su bonita voz. Solía acompañar a los dioses, quienes la apreciaban mucho. Por otro lado, Narciso era un joven con una belleza impresionante. A su paso, todos quedaban fascinados con su aspecto, pero él siempre se mantenía distante. Para Narciso, nadie estaba a la altura de su amor propio.





Una vez Eco ayudó a Zeus a escapar de su esposa Hera porque esta lo vigilaba. La distrajo con su charla, pero Hera, al descubrir el engaño, castigó a Eco de una forma dolorosa: la condenó a no poder hablar por sí misma nunca más. Desde ese momento, Eco solo podía repetir las últimas palabras que escuchaba, perdiendo así su voz y su capacidad de expresar lo que sentía. Su vida cambió por completo, y desapareció el placer que encontraba en comunicarse con los demás.

Un día, Eco vio a Narciso en el bosque y quedó asombrada por su belleza. Se enamoró de él al segundo, pero su maldición le impedía hablarle directamente para expresarle sus sentimientos. Solo podía repetir lo que él decía, lo que hacía imposible la comunicación entre ellos dos. A pesar de sus ganas de acercarse a él, Eco se vio atrapada en el silencio, frustrada y ansiosa por mostrarle sus sentimientos



ergo ubi Narcissum per devia rura
vagantem vidit et incaluit,
sequitur vestigia furtim, quoque
magis sequitur, flamma propiore
calescit, non aliter quam cum
summis circumlita taedis
admotas rapiunt vivacia sulphura
flammas.

Así pues, cuando a Narciso, que por
desviados campos vagaba, vio y se
encendió, sigue sus huellas furtivamente,
y mientras más le sigue, con una llama
más cercana se enciende,
no de otro modo que cuando, untados en
lo alto de las teas, a ellos acercadas,
arrebatan los vivaces azufres las llamas.



Cuando Narciso se dio cuenta de que Eco lo seguía, respondió de una forma muy fría y la rechazó cruelmente. Eco, destrozada y avergonzada, se escondió en el bosque. A medida que pasaba el tiempo, se consumió por el dolor hasta desvanecerse físicamente, quedando solo su voz que resonaba en las montañas, repitiendo las palabras de otros.



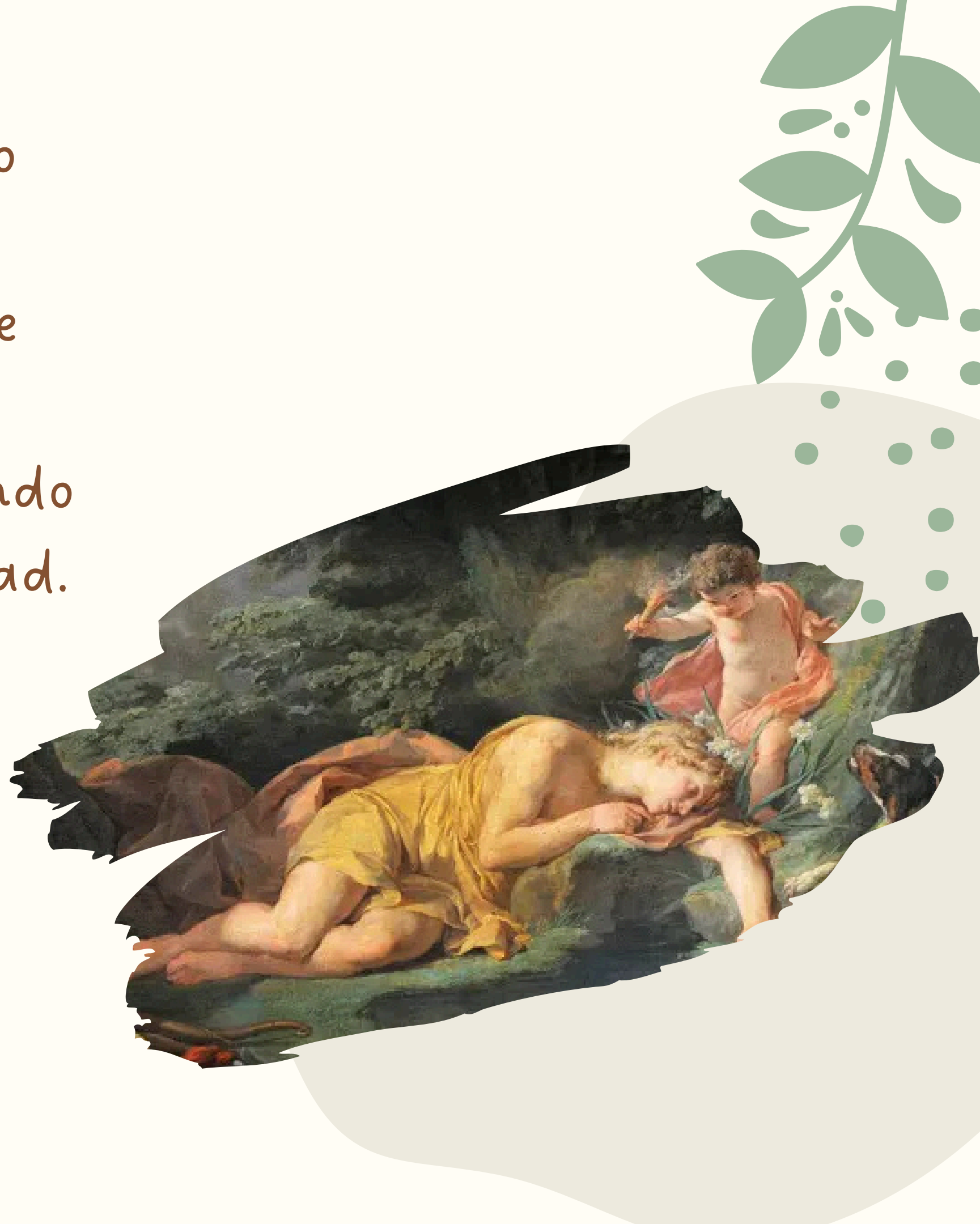
Némesis, la diosa de la justicia y la venganza, decidió castigar a Narciso por su superioridad y desprecio hacia quienes lo aman. Un día, condujo a Narciso hasta un lago de aguas cristalinas, donde él se acercó a beber y vio su reflejo por primera vez. Narciso, fascinado por su propia belleza, se enamoró locamente de sí mismo, incapaz de entender que lo que veía era solo un reflejo



dumque sitim sedare cupit, sitis
altera crevit, dumque bibit, visae
correptus imagine formae spem
sine corpore amat, corpus putat
esse, quod umbra est. adstupet ipse
sibi vultuque inmotus eodem
haeret, ut e Pario formatum
marmore signum;

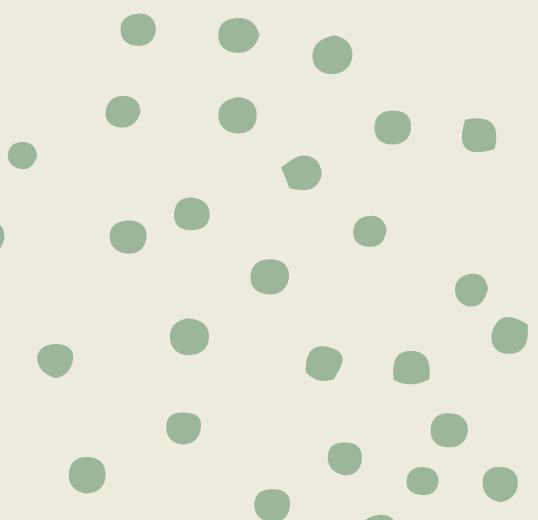
y mientras su sed sedar desea, sed otra le
creció, y mientras bebe, al verla,
arrebatado por la imagen de su
hermosura, una esperanza sin cuerpo
ama: cuerpo cree ser lo que onda es,
quédase suspendido él de sí mismo y,
inmóvil con el rostro mismo,
queda prendido, como de pario mármol
formada una estatua.

Hipnotizado por su propia imagen, Narciso era incapaz de alejarse de su reflejo. La obsesión por su belleza era tan grande que no podía separarse de las aguas, y poco a poco fue atrapándose en ese lugar, sintiendo un amor que nunca podría hacerse realidad. Narciso era incapaz de amar a nadie más que no fuera el mismo, por lo que acabó muriendo solo.





Después de la muerte de Narciso, los dioses lo transformaron en una flor que creció en el lugar donde había yacido. Esta flor es llamada narciso, y se convirtió en un símbolo de la belleza efímera y de los peligros de la obsesión por uno mismo. Narciso se convirtió en un recordatorio eterno de cómo el amor desmedido hacia uno mismo puede llevar a la destrucción.



El mito de Eco y Narciso nos enseña sobre los peligros del egoísmo y de la obsesión con uno mismo. La historia de Eco representa el dolor de un amor no correspondido y la tristeza de no poder expresar lo que sentimos. Por otro lado, Narciso se pierde a sí mismo y se queda solo, atrapado en su propia belleza y sin ser capaz de fijarse en quien lo ama.



BIBLIOGRAFÍA

Ovidio. *Metamorfosis*, libro III, verso 370 y 415.
Traducción: Ana Pérez Vega.